

EL DEBATE MODERNIDAD/POSTMODERNIDAD EN LA INTERPRETACIÓN DEL NEOLÍTICO. UNA PERSPECTIVA DESDE LA ARQUEOLOGÍA SOCIAL (*).

THE MODERNITY/POSTMODERNITY DEBATE IN THE INTERPRETATION OF THE NEOLITHIC. A PERSPECTIVE FROM THE SOCIAL ARCHAEOLOGY.

Antonio CASTAÑEDA FERNÁNDEZ.

Tercer Ciclo. Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz. C/Bartolomé Llopart, s/n. 11003. Cádiz. indy_424@hotmail.com

Resumen.

Con el presente artículo pretendemos demostrar la necesidad de adoptar una posición teórica-metodológica a la hora de realizar cualquier investigación arqueológica, así como de que ningún investigador es inocente a la hora de adoptar o no una posición teórica determinada. Además, analizaremos el contexto histórico donde germina la "Modernidad" y la "Postmodernidad". Así mismo, analizaremos el ámbito espacio-tiempo en el que nacen tanto la Arqueología Procesual, así como la Arqueología Postprocesual, el esquema conceptual que profesan a nivel general, así como su aplicación práctica en su interpretación del tránsito hacia el Neolítico. Por último, desarrollaremos una crítica desde una posición teórica alternativa, como lo es la Arqueología Social, a la hora de analizar la problemática del tránsito de sociedades de bandas de cazadores-recolectores a sociedades tribales.

Palabras clave: Posición Teórica, Modernidad, Postmodernidad, Arqueología Procesual, Arqueología Postprocesual, Arqueología Social, Economía de Producción, Formaciones Económico-Sociales Tribales.

Abstract.

With the present article we seek to demonstrate the necessity to adopt a theoretical-methodological position when carrying out any archaeological investigation, as well as that no investigator is innocent when adopting or don't unite certain theoretical position. Also, we will analyze the historical context where it germinates the "Modernity" and the "Postmodernity". likewise, we will analyze the environment space-time in which are born the Procesual Archaeology so much, as well as the Postprocesual Archaeology, the conceptual outline that you/they profess at general level, as well as their practical application in their interpretation of the traffic toward the Neolithic one.

(*) Fecha de recepción del artículo: 10-febrero-2004. Fecha de aceptación del artículo: 20-marzo-2004.

Lastly, we will develop a critic from a position theoretical alternative, as it is the Social Archaeology, when analyzing the problem of the traffic of societies of bands of hunter-recolectores to tribal societies.

Key Words: Theoretical Position, Modernity, Postmodernity, Procesual Archaeology, Postprocesual Archaeology, Social Archaeology, Production Economy, Tribal Socio-Economic Formations.

Sumario.

1. El debate Modernidad/Postmodernidad en las Ciencias Sociales. 2. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Procesual. 3. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Postprocesual. 4. El Neolítico visto desde propuestas definidas y típicas de la Arqueología Procesual. 5. El Neolítico como símbolo y dualidad. Recientes propuestas en la Arqueología Postprocesual. 6. Una visión crítica desde la Arqueología Social.

1. El debate Modernidad/Postmodernidad en las Ciencias Sociales.

En la vida diaria estamos constantemente valorando la realidad que nos rodea y tomando decisiones sobre los diversos caminos a seguir. Dicha valoración y posterior toma de decisiones se realizan a tenor de un cúmulo de factores y circunstancias, como pueden ser: el entorno que nos envuelve, nuestro contexto espacio-temporal, la educación recibida, la cultura, la forma de ser, la ideología, etc. Por tanto, ¿es el conocimiento histórico objetivo o subjetivo?. Tal y como afirma P. Pagès, las opiniones al respecto se pronuncian “desde el extremo de quienes afirman la necesidad imprescindible de la objetividad en la Historia, hasta quienes sitúan la acción subjetiva del historiador como pilar fundamental del conocimiento histórico” (Pagés, 1985).

Bajo nuestro punto de vista, consideramos que el historiador puede ser más o menos subjetivo a la hora de tratar un determinado tema; aunque de lo que sí estamos convencidos es que jamás actuará de una forma plenamente objetiva. Siempre habrá algo que incite al individuo a actuar de un modo u otro porque “toda persona que estudia la Historia está ella misma *sujeta* a las limitaciones de su propia Historia” (Estévez y Vila, 1999:1).

Sin duda alguna, la teoría no está de “moda”. Estamos en un mundo profundamente pragmático en el que se prima la “objetividad” de las disciplinas de “ciencias” sobre las humanidades, lo que contribuye a alimentar una sociedad cada vez más deshumanizada, pragmática y sin memoria histórica. Un mundo en el que se le da una tremenda importancia a la información, a través de medios audio-visuales revolucionarios, como pueden ser la radio, la televisión, Internet, etc.; la cual consideramos inversamente proporcional a la formación de la

población que la demanda. En definitiva, un mundo cada vez más homogéneo en donde la pasividad de la sociedad va ganando terreno, en perjuicio del razonamiento y la crítica.

En este sentido, ningún investigador es inocente a la hora de interpretar y explicar el proceso histórico. No debemos dejarnos arrastrar por la pasividad y/o comodidad. Por el contrario, es necesario cultivar en todo momento dicha crítica, con el fin de buscar innovaciones, nuevos caminos en el terreno, tan olvidado, de lo conceptual-metodológico.

Por ende, abogamos por el hecho de que todo conocimiento histórico es irrefutablemente la suma de las fuentes de información (en nuestro caso del registro arqueológico) y de la interpretación del investigador. Por ello, creemos estar en lo cierto cuando exigimos la formulación de planteamientos teórico-metodológicos en toda investigación arqueológica que guíen el conocimiento histórico y le den coherencia. De ahí radica la importancia de la, tan denostada, teoría arqueológica.

En esta misma línea, frente a los conceptos idealistas de "corte", "ruptura epistemológica" o, incluso de "paradigma", formulados por Kuhn, nosotros preferimos el modelo de posición teórica.

Pero, ¿qué entendemos por posición teórica?. Según M. Gándara "la posición teórica determina en buena medida la manera en que se entiende el por qué hay que investigar, el qué buscamos resolver o lograr, para qué o para quién (área valorativa); en qué consiste lo que estudiamos, qué y cómo creemos que es (área ontológica); y cual es la manera en que podemos aprender sobre él y lograr lo que nos hemos propuesto (área epistemológica-metodológica)" (Gándara, 1994:74). En este sentido, que según la dialéctica materialista, la gnoseología, ontología y lógica están sujetos al llamado "principio de coincidencia" (Bate, 1998).

Tal y como afirma S. Gutiérrez Lloret, son sobradamente conocidas las luchas y enfrentamientos que se han librado entre las diferentes corrientes de pensamiento. Si bien son muchas y muy variadas, "todas las teorías pueden agruparse en dos grandes categorías de pensamiento: las posiciones materialistas y las idealistas" (Gutiérrez, 1997:90).

Por nuestra parte, lejos de todo idealismo y materialismo mecánico, adoptamos una posición teórica dialéctico-materialista de la realidad conocida como Arqueología Social. Dicha posición teórica-metodológica toma al Materialismo Histórico de K. Marx y F. Engels como teoría sustantiva, en donde se explica la realidad como una totalidad histórica. Por ende, profesamos una concepción ideológico-política vinculada al marxismo, en donde se pretende el análisis del proceso histórico de las diferentes formaciones económico-sociales.

A la hora de analizar el registro arqueológico desde una óptica materialista, se trata de inferir una serie de niveles de conocimiento. En este sentido, al definir una sociedad concreta, la Arqueología Social Latinoamericana posee unas categorías de análisis que abarca desde lo más esencial a lo más fenoménico y singular. Así, en la sociedad se aúnan dos dimensiones básicas de la materia que da lugar a la contradicción y al movimiento en el espacio y en el tiempo.

Estamos hablando de la dimensión estructural (formación económico-social, modo de vida y cultura) y la dimensión histórica (modo de producción y formación social), dentro de la cual observamos a las relaciones sociales de producción.

En otro orden de cosas, a la hora de definir los movimientos culturales conocidos como Modernidad y Postmodernidad debemos enmarcarlos en sus correspondientes contextos históricos. De este modo, la Modernidad abarca desde finales del siglo XVIII hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1945). Esta fue una era de importantes acontecimientos económicos, sociales y políticos que, como sabemos, marcaron la historia de la humanidad. Y es que, nos encontramos con una época en la que el optimismo y esperanza depositado en las revoluciones, la ciencia y el progreso era la nota predominante en el pensamiento de la sociedad. Una época en la que, a medida que se acumulaba más saber científico, más técnicas y más tecnología, las sociedades se consideraban más libres, más ideales y más prósperas.

No obstante, todos esos ideales se comienzan a desvanecer con el fin de la era de las revoluciones. El resultado fue que las sociedades continuaron siendo imperfectas por lo que la pretensión de construir una sociedad ideal se tornaba en imposible. De este modo, todos estos paradigmas se truncan definitivamente a partir del estallido de la II Guerra Mundial. A raíz de dicho acontecimiento, podemos observar una “etapa de tránsito” (1945-1970) en donde comienza a brotar el pensamiento “Postmoderno” en el seno de la Modernidad. En dicho período, no debemos olvidar acontecimientos como la Guerra Fría entre dos superpotencias como son EE.UU. y la antigua U.R.S.S., el Neocolonialismo sobre zonas como América Latina, África y Oriente Próximo; la descolonización y, por último, la revolución en el terreno de la información y comunicación (televisión, radio, ordenador, internet,...). En definitiva, la crisis de la razón ilustrada ha dado paso al triunfo de la razón instrumental.

Con la entrada en la década de los 70, coincidiendo con el auge de la teoría postmoderna, asistimos a tres hechos muy interrelacionados entre sí. Hablamos, como no, del desmembramiento de la U.R.S.S., la caída del muro de Berlín y el nacimiento de la Unión Europea (UE) como una nueva superpotencia en la lucha por el poder mundial. Todo ello da paso a la génesis del Neoliberalismo y/o al “Gran Capitalismo” o “Capitalismo Salvaje” de la mano de políticos como R. Reagan y M. Thatcher.

No obstante, la caída de la Modernidad no afecta en un sentido radical a los principios mismos del propio pensamiento moderno (libertad, racionalidad, igualdad, democracia, justicia,...). Es más, no son los mismos principios la causa de la crisis, sino el advenimiento de la sociedad industrial como consecuencia de la Modernidad (Abellán, 1994). Dichos principios sirven para enmascarar el pesimismo en el que estamos inmersos.

Desde los años 70 hasta la actualidad, el debate Modernidad-Postmodernidad está más vivo que nunca. En él confluyen autores de la talla de Hassan, Jencks, Lyotard y Habermas.

Todos ellos coincidentes en una cuestión: en el horizonte de la Democracia Liberal “no podía haber nada más que capitalismo” (Anderson, 2000:66).

No obstante, ninguno de ellos se aventuró a analizar los orígenes mismos de la Postmodernidad. En su lugar prefirieron ofrecer una serie de explicaciones idealistas, sin un horizonte teórico coherente y ni tan siquiera una reflexión ontológica seria. En definitiva, ninguno de estos pensadores hizo apenas caso sumiso a los desarrollos en la cultura, la política o en los cambios de la vida socioeconómica. Cosa que sí se empezó a plantear el crítico marxista Fredric Jameson cuando comienza a indicar cuestiones como que la Postmodernidad, lejos ya de ser una ruptura estética o cambio epistemológico, se convierte en la seña cultural del nuevo modo de producción dominante a escala mundial (Jameson, 1996). Por tanto, sin lugar a dudas, la teoría postmoderna está vinculada ideológicamente tanto a la derecha, así como al neoconservadurismo (Anderson, 2000).

En este sentido, “Modernidad” y “Postmodernidad” forman parte del modo de producción Capitalista. Hoy por hoy, estamos presenciando el triunfo del modo de producción capitalista liberal a escala global, con el libre mercado como base de la estructura económica y la Postmodernidad como superestructura ideológica la cual justifica y legitima ideológicamente al sistema.

En un mundo cada vez más globalizado, la Postmodernidad, en vez de integrar, acoge a todas las diferencias en torno a la cultura occidental, dando lugar a un eclecticismo y un sin sentido. P. Anderson, asiente con dicha postura afirmando que “todo puede desaparecer, volatilizado en la licuadora del postmodernismo, pero el capitalismo permanece intacto como motor de su dinámica” (Anderson, 1998:82).

Existen autores los cuales con la llegada del neoliberalismo, todo parece acabar, la lucha ya no tiene sentido porque todas las minorías, todas las opiniones y corrientes teóricas están recogidas en éste movimiento. Este es el caso de F. Fukuyama, para él, la democracia liberal es el ideal a conseguir y, por tanto, “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, la forma final de gobierno y el fin de la Historia” (Fukuyama, 1992:11). Aún a raíz de los terribles sucesos acontecidos el 11 de septiembre, F. Fukuyama no duda en escribir un artículo en *El País* el domingo 21 de octubre de 2001, titulado: *Seguimos en el fin de la historia*, en donde sostiene que “seguimos estando en el fin de la Historia porque sólo hay un sistema de Estado que continuará dominando la política mundial, el del occidente liberal y democrático. Esto no supone un mundo libre de conflictos” (Fukuyama, 2001:22).

Tras plasmar esta serie de comentarios, decir que discrepamos totalmente en sus análisis imbuidos de occidentalismo, neocolonialismo y neoconservadurismo. Por nuestra parte, concebimos la Historia en continua transformación. La mayor parte de la Historia de la humanidad ha estado condicionada por la hostilidad entre amos y esclavos, señores y siervos, burgueses y proletarios, en definitiva, opresores y oprimidos. Todos estos choques antagónicos

se han saldado con lo que se ha denominado, en términos marxistas: “lucha de clases”, dando origen a un nuevo modo de producción.

El actual modo de producción capitalista, no es, ni mucho menos, la panacea, ni el paraíso, tal y como nos lo pretende “vender” Fukuyama. Los grandes empresarios, élites locales y políticos, se enriquecen cada vez más, no porque “la tecnología hace posible la acumulación ilimitada de riquezas, y con ello la satisfacción de una serie siempre en aumento de deseos humanos” (Fukuyama, 1992:15); sino gracias a los excedentes obtenidos, por un lado, de la contradicción interna existente dentro del sistema entre la fuerza de trabajo y las relaciones de producción y, de otro, por la masiva salida de capitales procedentes de los países menos favorecidos. Este hecho se evidencia por el contraste entre una minoría privilegiada que celebran cuando “se venden” al capitalismo, frente a una inmensa mayoría de la población que lucha día a día por sobrevivir (Chomsky, 1997).

Y no sólo eso, los crecientes movimientos antiglobalización (casualmente olvidados tras el 11-S), así como el, ya citado, ataque a las “Torres Gemelas” (Nueva York) y al Pentágono (Washington) en el trágico 11 de septiembre de 2001, son síntomas claros de la contradicción interna global, unido a la lucha de clases a escala mundial en la que estamos inmersos. Continuamos en la lucha de clases, al tiempo que continúan existiendo opresores (países con modo de producción capitalista) y oprimidos en el marco del neoliberalismo, como estructura económica predominante y del postmodernismo como legitimador del sistema.

En este sentido, EE.UU., país neoliberal por excelencia, se ocupará de defender sus intereses, así como los de una minoría privilegiada, tanto en el plano ideológico (con pensadores como F. Fukuyama), como militar, a través de intervenciones como *Tormenta del desierto*, *Operación Libertad Duradera* y/o la reciente invasión a Irak para derrocar el régimen de Sadam, que no hacen otra cosa sino preservar el sistema vigente (Chomsky, 2002), dado que, en estos casos se supone que poco o nada importe que “el fin justifique los medios”.

Para terminar, tan sólo decir que este marxismo, vivo, autocrítico y antidogmático, continúa siendo una alternativa viable para acabar con la explotación y opresión de los hombres y pueblos del mundo. En palabras de P. Anderson, “debemos dar un paso más allá del orden mundial dominante, el cual tan sólo se consigue a través de una radical transformación política y no metafísica” (Anderson, 1998:90).

2. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Procesual.

La llamada “Arqueología Procesual” o “Procesualismo” germina en el seno de la llamada “Modernidad” a la que hacíamos alusión. Aquí, la órbita anglosajona Procesualista (EE.UU. e Inglaterra) vence a la órbita francesa Historicista Cultural. Este hecho, no se produce como consecuencia de una nueva “moda” historiográfica, sino que, por el contrario, surge como respuesta a una nueva coyuntura político-económica (Ramos, 1999). Y es que, tal y como

sostienen J. Estévez y A. Vila, “la alternativa del *Materialismo Cultural* o del *Neo-Funcionalismo* venía empujada por la nueva potencia dominante mundial” (Estévez y Vila, 1999:203). Sin duda alguna, la Modernidad, consciente o inconscientemente, hace uso de las teorías adaptacionistas con el fin de justificar y legitimar el modo de producción capitalista incipiente.

El origen del funcionalismo se rastrea allá por la segunda mitad del siglo XIX, concretamente en la Antropología Social. Los autores vinculados a dicha antropología fueron Malinowski y Radcliffe-Brown (1881-1955). Dichos enfoques, contra el difusionismo y el particularismo histórico, se preocupaban por analizar el funcionamiento de las culturas prehistóricas como sistemas independientes. Así, se consideraban a las sociedades prehistóricas “sistemas integrados, cuyas instituciones estaban interrelacionadas como las partes de un organismo vivo” (Trigger, 1992:232).

Por aquel entonces, los estudios etnográficos crecieron en importancia, en detrimento de las visiones Histórico-Culturales y difusionistas, las cuales quedaron algo desplazadas. Sin duda, la práctica de dicha Arqueología era de gran utilidad para el colonialismo practicado por el Imperio Británico, con objeto de conocer bien a los pueblos indígenas para, poder dominarlos con más facilidad.

Ya en 1840, observamos la presencia del Funcionalismo Ambiental, enfoque propio en los trabajos arqueológicos escandinavos. En dicha visión, podemos apreciar un creciente interés por las relaciones entre las culturas prehistóricas y su contexto medioambiental. Muchos fueron los autores que estaban vinculados a esta corriente, entre ellos destacamos a Worsaae (1840), al geólogo R. Gradmann (1898), R. Pumpelly (1904), C. Fox, W.G. Clark, J.P. Williams-Freeman, H. Fleure y W.E. Whitehouse (1923); E. Smith y T. Cherry (1915).

Más tarde, en Europa, nos encontramos con enfoques económicos de la mano de V.G. Childe (1930), el cual profesó diversas visiones de la Arqueología vinculadas con la subsistencia, las relaciones sociales, el desarrollo y excedente económico, hasta llegar, incluso, a una concepción marxista de la Historia, a tenor de la influencia recibida de la Arqueología Soviética.

En 1939 entra en juego G. Clark, el cual identificaba la cultura con un sistema, formado por aspectos económicos, políticos, sociales y de creencias; sujeto a los condicionantes ecológicos de su entorno inmediato. Por otra parte, defendía el cambio cultural como respuesta a desequilibrios externos al sistema, provocados por cambios climáticos, incrementos/descensos demográficos, innovaciones tecnológicas o contactos culturales.

Durante la década de los 40 y 50 del siglo XX, tiene lugar la Arqueología ecológica y de los asentamientos. Así, J. Steward junto a F.M. Setzler, manifiestan en varias investigaciones el importante papel desempeñado por los factores ecológicos en la formación de los sistemas

socioculturales prehistóricos. Para tal fin, los arqueólogos olvidan las tipologías y estudian los cambios en las economías de subsistencia, tamaño de la población y modelos de asentamientos.

En la década de los 50, EE.UU., tal y como tuvimos oportunidad de señalar en el anterior apartad^o, goza de un gran optimismo, autoconfianza y una fe ciega en el progreso tecnológico. Dicho reconocimiento, no tardará en manifestarse a través de dos de las corrientes más importantes en la historiografía. Hablamos de la Nueva Arqueología y el Neoevolucionismo.

A diferencia de los evolucionistas del siglo XIX, neoevolucionistas tales como L. White, J. Steward, M.D. Sahlins, E.R. Service; o el materialista cultural M. Harris (1979); sostienen que los seres humanos, poco creativos individualmente, tienden a preservar su estilo de vida a menos que sean forzados al cambio por factores ajenos a su voluntad. Estamos ante un determinismo tecnológico, ecológico y económico que los neoevolucionistas traducen en términos de "complejidad". Tal y como afirma el investigador B.G. Trigger, "esto parece reflejar la diferencia entre el primer estadio del capitalismo, cuando todavía se apreciaba la iniciativa individual, y una segunda fase mucho más desarrollada dominada por las corporaciones multinacionales, donde el papel del individuo deja de idealizarse como factor principal dentro del crecimiento económico" (Trigger, 1992:272).

A partir de la década de los 60, la integración y reacción crítica al unisono de todas las corrientes anteriores contra la Arqueología Tradicional en pro de una Arqueología más científica y antropológica, provoca el nacimiento de la Nueva Arqueología Americana, Arqueología Procesual o Arqueología Científica de la mano de L. Binford. Dicho investigador, entiende el objetivo de la Arqueología como el análisis y explicación, tanto de similitudes, así como de diferencias, a la hora de hablar del comportamiento humano, basándose en el estudio etnográfico comparativo o Arqueología Experimental. Estamos ante un modelo que vincula las culturas con la biología, y que muestra un interés por la ecología y los sistemas de subsistencia. Además, conciben el cambio cultural basándose en una visión evolucionista de la realidad, por lo que, en todo momento, se intentaba analizar las regularidades del proceso.

El trabajo de L. Binford merma entre los más jóvenes, a saber: P. Martín (1971), C. Renfrew (1979, 1984), D. Clarke (1968) y Flannery (1972). De esta manera, nace la Teoría General de Sistemas, la cual se preocupa de analizar tanto el nivel de funcionamiento complejo de los sistemas, así como los factores externos al propio sistema que provoca cambios en la estructura del mismo (Trigger, 1992:288).

Durante la década de los 80, nos encontramos con autores que continúan combinando la etnografía con la Arqueología, con objeto de definir el nivel concreto de complejidad existente. Estamos hablando de L. Binford (1980), A. Testart (1982), Hayden Douglas y Bronw (1985). A partir de ahora se prefiere hablar de los niveles de complejidad, en función de algunas claves,

como son: intensidad de explotación del medio, patrón de asentamiento, territorialidad y las redes de interacción social que dan lugar a un desarrollo sociológico (Palacio, 2001).

En la actualidad, la Arqueología Procesual continúa siendo la abanderada en la lucha contra la Arqueología Tradicional con su visión funcionalista y Procesual de la Arqueología.

En este sentido, uno de los objetivos del Procesoalismo es la búsqueda de causas y efectos, la reconstrucción del propio sistema, así como las interacciones internas propias de dicho sistema con el medio que le rodea. En líneas generales, todos los autores procesuales tratan de conjugar, diferentes variables de análisis, como pueden ser: tecnología, espiritualidad, economía y patrones de asentamiento. Dichas variables constituyen subsistemas interrelacionados dentro de un gran sistema, de forma que una alteración en uno de ellos conllevaría a un cambio en el resto de la organización sistémica. (Arias, 1992; Straus, 1983; Zvelebil, 1986).

Por otro lado, los cambios sistémicos vienen explicados por motivos externos al propio sistema, como consecuencia directa de la adaptación del hombre al medio. En este sentido, se considera al individuo, no como una pieza activa dentro del cambio, sino como un sujeto pasivo dentro del complejo engranaje sistémico. En definitiva, tal y como afirma el profesor José Ramos, en el modelo funcionalista "el determinismo ecológico es tal que cambia sus técnicas cuando cambia el clima. La adaptación lo explica todo" (Ramos, 1999:371).

En este sentido, L.G. Straus, a la hora de posicionarse, no duda en afirmar que "según la visión teórica que define la cultura como el conjunto de los medios extrasomáticos para la adaptación, los restos de industria y de estructuras prehistóricas son indicios que tienen que ser interpretados para llegar a esta comprensión, por parcial que sea" (Straus, 1983:7). Así, los humanos, como partes de su adaptación cultural, han fabricado objetos funcionales en el contexto económico, sociológico e ideológico, en función de sus necesidades adaptativas.

En definitiva, a la hora de evaluar el registro arqueológico, es de vital importancia tanto los estudios funcionales de la industria, así como la reconstrucción medioambiental, dado que constituyen elementos claves a la hora de realizar inferencias sobre los procesos adaptativos. (Arias, 1991; Zvelebil, 1986).

Frente a todas estas concepciones ambientalistas y adaptativas, las cuales poseen una concepción ecológizante del hombre, tenemos una visión del concepto antrópico nada indiferente, sino contradictoria, cambiante y transformadora, en relación directa con su contenido social. En este sentido, entendemos la acción humana a partir de las relaciones sociales entre los hombres para, una vez organizados, establecer posteriormente relaciones sociales con la naturaleza "no en términos ecológicos, sino en términos de la explotación de sus recursos" (Arteaga, 1995:152).

Contra esa concepción de la humanidad, transformadora del medio que le rodea, la Arqueología Procesual busca formulas con el fin de analizar en el registro arqueológico las

diversas adaptaciones que se puedan originar. En este sentido, manifestando además, su visión antagónica respecto a los estudios morfológicos-descriptivos de la Arqueología Tradicional, el Procesualismo analiza pormenorizadamente los, ya mencionados, datos paleoclimáticos, así como la funcionalidad de los artefactos. El objetivo, no es otro, sino el hecho de determinar el grado de adaptación del hombre con el medio natural, estableciendo así un modelo general de sistemas. De este modo, tanto la tecnología, como las estrategias económicas estaban ligados a la perspectiva adaptativo-ecológica.

A través de las propuestas medioambientalistas, asistimos a un reduccionismo de la conducta humana. Por ello, compartimos la idea de que “el hombre no se *adapta* al medio sino que el desarrollo de la tecnología le ayuda a superar y transformar el medio” (Ramos, 1999:57). En esta misma línea de argumentación se mueven J. Estévez y A. Vila cuando aseveran que desde el Materialismo Histórico se analiza la dialéctica entre la sociedad con su entorno natural con el fin de obtener los datos necesarios que nos ayuden a dilucidar los procesos de desarrollo y transformaciones de los sistemas económicos (Estévez y Vila, 1999).

Está suficientemente claro que en la Arqueología Procesual se evidencian separaciones entre la tecnología y la sociedad, así como de ésta con la economía. Todo ello queda brutalmente restringido a la mera adaptación en función de cambios externos al sistema. El Procesualismo se ocupa de describir procesos más que de explicar cambios. Como consecuencia de este reduccionismo explicativo vinculado al factor biológico, existe una preocupación constante por el territorio. Por ello, se sirven, al igual que lo hacen con la funcionalidad de los artefactos, de la llamada “Arqueología Espacial”, de la mano de investigadores como Clarke, Hodder y Orton, los cuales buscan en todo momento indicios de cambios ambientales que puedan repercutir directamente en las estrategias de adaptación.

Al hilo de lo dicho, no le faltan razones al investigador Oswaldo Arteaga para pensar que tanto “la teoría funcionalista del espacio, como la teoría estructuralista del paisaje, pueden quedar debatidas desde la proyección dialéctica del proceso histórico, que nosotros plasmamos en la teoría del espacio social” (Arteaga, 1995:132).

En otro orden de cosas, decíamos que uno de los objetivos de esta corriente consiste en elaborar una serie de leyes científicas generales y universales en donde se haga hincapié en la objetividad, el neopositivismo y el pragmatismo. Con todo, y gracias al apoyo de la Filosofía de la Ciencia, se aboga por el método hipotético-deductivo, con el fin de definir el funcionamiento y los posibles cambios de un Sistema a otro. En este sentido, se aprovecha en todo momento las, tan “de moda”, ciencias auxiliares como la Arqueología Espacial, análisis de C-14, aspectos paleoeconómicos, análisis de huellas de uso,... en forma de cuadros, tablas, gráficos; así como métodos de excavación y nuevas técnicas arqueológicas, estudios arqueobotánicos y arqueofaunísticos, etc... con el fin de determinar posibles adaptaciones. (Arias, 1991; Straus, 1983; Zvelebil, 1986).

No obstante, “si se utiliza el mismo sistema clasificatorio de base, por muy sofisticado que sea el sistema de análisis estadístico multifactorial, no va a salir nada sorprendente que no se haya detectado a primera vista” (Estévez y Vila, 1999:204). En definitiva, hay ocasiones en las que se llegan prácticamente a las mismas conclusiones que en el pasado, a través de métodos y técnicas distintas con objeto de parecer algo más “científico”. Por tanto, si bien “había una aspiración a la modernización, a la adopción de criterios racionales, científicos y objetivos, existía también un deseo de no ruptura, y un estado de conocimiento de la teoría social perceptiblemente atrasado y conservador” (Estévez y Vila, 1999:203).

Sin duda debemos valorar a la Arqueología Procesual como alternativa respecto de la Arqueología Tradicional. En esta línea, existen avances en esta corriente teórica, sin embargo “hay que recordar el origen Epistemológico de la corriente, su débil concepto de la Historia, y el enfoque tan biologicista que realizan de las relaciones hombre-hombre (no entrando en la problemática de las relaciones entre fuerzas productivas-recursos, con las relaciones sociales de producción)” (Ramos, 1999:42).

Igualmente, “desde la propuesta social la *adaptación* no puede ser la respuesta universal. Fueron fundamentalmente las sólidas relaciones sociales, en el marco de una sociedad igualitaria, los que posibilitaron capacidades de superar y dominar al medio” (Ramos, 1999:372). Estamos ante una corriente que analiza cómo funcionan las sociedades, aunque queda un vacío explicativo en lo que a cambio cultural se refiere, identificando al ser humano como un mero animal conservador que no transforma, sino que, por el contrario, se adapta a todo tipo de ambientes, circunstancias, así como incluso a coyunturas socio-económicas y políticas.

Los ideales de “progreso” y “desarrollo” civilizatorio durante la Modernidad, sirven para justificar, legitimar y encubrir los modelos invasores, conquistadores y colonizadores que han forjado la imagen de la civilización occidental, en razón de tres modelos, como son: “el del imperialismo grecorromano durante la Antigüedad, el del imperialismo europeo en la Época Moderna, y el del actual imperialismo capitalista en el llamado Tercer Mundo” (Arteaga, 1995:155).

Para concluir, tal y como afirma J. Estévez y A. Vila “la *cultura como adaptación* no supera tampoco el nivel descriptivo. La explicación es *ahistórica*, la respuesta última ya es conocida: la selección de la mejor adaptación. Es decir, hoy día, por ejemplo, el mejor sistema posible es *el capitalismo de libre mercado*. La conclusión sería: *hay que adaptarse*” (Estévez y Vila, 1999:281).

3. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Postprocesual.

Al igual que la Arqueología Procesual estaba respaldada por la llamada “Modernidad”, la “Arqueología Postprocesual” hace lo propio con el movimiento “Postmoderno” o